

LA POSADERA DE BELÉN

Catalina Junco Abril



AÑO 45 d.C.

Era una tarde de invierno y el sol teñía de rojo las calles de Jerusalén. La gente caminaba de prisa, cargada con pan o pequeñas vasijas de aceite y barrían los patios con premura. Como cada año, todos se preparaban para celebrar aquella noche ocurrida hacía casi cincuenta años.

En una casita blanca de piedra caliza, una anciana se asomaba al ventanuco. Observaba a la gente pasar, tan ocupada, tan ajena unos a otros. ¿Acaso habían olvidado las palabras del Maestro? Pero ella era capaz de comprender esa ceguera, pues también había vivido así hacía muchos años, antes de que Él llegara. Se le humedecieron los ojos y una lágrima cayó. Dio media vuelta y sin dudarlo, se acercó a un arcón de madera colocado en un rincón de la casa. Abrió lentamente la tapa y lo sacó. Lo sostuvo entre sus manos mirándolo fi-

fijamente. Algo en ella renació.

En ese momento, su nieta Tamar se acercó de puntillas, con esa admiración tan propia de los niños. Le gustaban las arrugas de su abuela y la trenza gris que caía por su espalda. Cada vez que veía a la anciana con eso, le decía:

—Abuelita... ¿puedo ver lo que escondes en las manos?

Ella sonreía y le contestaba:

—¿Esconder? Ven. Esto no se esconde, mi niña. Es para todos.

Tamar se sentaba a sus pies. La abuela, enternecida, sabía perfectamente lo que vendría:

—¿Me cuentas otra vez su historia?

—Está bien, pequeña. Siéntate aquí, a mi lado.

Aunque los años habían borrado muchos recuerdos, no olvidaba ni un solo detalle de aquella noche en Belén y, cogiendo de la mano a la pequeña Tamar, empezó a contar la historia que había cambiado su vida...

“

Belén era entonces una aldea pequeña y silenciosa, en una colina al sur de Jerusalén. Aquel invierno llegó después de un año difícil: el censo ordenado por César Augusto había obligado a todos a empadronarse en su ciudad de origen, y la aldea, que normalmente estaba en calma, se encontraba desbordada. Llegaban familias enteras desde Galilea, Judea y otros lugares. No quedaba espacio en ninguna casa.

Nosotros llevábamos un año viviendo en Belén. El abuelo y yo trabajábamos mucho. Nos amábamos, pero la realidad era dura y cada día que pasaba nuestro amor parecía más difícil de sostener, aunque intentábamos disimularlo. Él estaba casi todo el día en el campo, cultivando trigo, cebada y vid. Yo, en cambio, echaba largas horas sentada, tejiendo o hilando telas para ropa y mantos. Cuando me levantaba, cocinaba y atendía a los viajeros o parientes que se hospedaban en casa. Fuera a donde fuera llevaba en brazos a tu madre, apoyada en mi cintura, como si fuese una prolongación de mí misma. Ella tenía dos años y el cansancio acumulado se hacía notar. Afrontábamos el censo con miedo, pues no sabíamos si seríamos capaces de soportar tantas semanas con la casa llena de gente.

En medio de todo este ajetreo mi corazón había perdido

la esperanza. Las prisas y la rutina me habían convertido en una mujer dura y distante. La cruda realidad iba dejando un espacio en mi corazón que nada podía llenar, hasta que un día como cualquier otro se hizo de noche y pasó lo inimaginable.

Como siempre, llevaba a tu madre en brazos e iba de un lado para otro. Que si hornear el pan, doblar sábanas, fregar la cocina... Recuerdo mirar a mi alrededor en busca de alguien que me mirara a los ojos y me comprendiera. De repente, alguien llamó a la puerta. Eran altas horas de la noche y me sorprendió su atrevimiento. Al principio, hice oídos sordos y continué con mis tareas. Pasaron un par de minutos y volvieron a llamar. Tu madre echó a llorar e intenté tranquilizarla cantando torpemente una canción de cuna, pero su llanto no cesaba. Volvieron a llamar con el mismo toque: paciente. Suave. Constante.

Me dirigí hacia la puerta para cantarles las cuarenta, pero nada más abrirla mis planes se desmoronaron. Un hombre y una mujer. Ella me miró. Y él la miraba a ella. El llanto de mi pequeña cesó. A través de esa mirada, la necesidad imperiosa de sentirme comprendida se vio saciada durante unos segundos. Tu madre sonreía y des

de mi cintura, se abalanzó al vientre de aquella mujer embarazada, como si dentro se encontrara la razón de su alegría. Ese gesto me descolocó y me hizo volver a la realidad. Hasta entonces no habíamos intercambiado ni una palabra, así que les pregunté qué necesitaban. Me explicaron —con una paz inusual, para quien está a punto de dar a luz— que necesitaban un lugar donde dormir. Mientras tanto, pasaban mil cosas por mi cabeza: una parte de mi quería dejarles entrar, pero a la vez, teníamos tanto lío que no quería más problemas. Finalmente, cerré la puerta dejando en la fría noche a esa pareja tan peculiar.

Pasaron un par de horas y mi corazón seguía latiendo fuerte intentando recordar cada detalle de aquel encuentro. Al rato me decidí: necesitaba volver a ver a esa mujer. Dejé a la pequeña durmiendo y sin avisar a nadie salí deprisa. Como nuestra casa era la última de la aldea, tenían que haberse dirigido hacia las afueras, así que salí directamente al campo. Después de caminar un rato, me crucé con unos pastores que hablaban de un ángel. ¡Nos ha dicho que ha nacido el Salvador! ¡Que está en un pesebre! Recuerdo pensar que estaban locos, pero mis pasos seguían adelante, siguiendo sus indicaciones. Al poco tiempo, vi una pequeña luz dentro de una especie de cueva, como un pesebre. Me entró miedo.

¿Me iba a plantar delante de aquella familia después de haberles cerrado la puerta? Sólo llevaba entre mis manos un trozo de tela, un paño que había tejido esa misma mañana, por si acaso lo necesitaban.

El olor era rústico, fresco y animal, y se impregnaba en mí. Piedra y tierra húmeda.

Oía gruñidos de animales y el viento del exterior que se colaba desde la entrada, pero, sobre todo, un eco suave, que hacía latir mi corazón con más fuerza. Este silencio se rompió con la risa de un niño. Aceleré mis pasos y llegué. Me arrodillé a sus pies nada más verle y cerré los ojos. No se puede describir con palabras lo que viví. Sentía que había encontrado lo que me faltaba, o más bien, me había encontrado Él a mí. Alargué ese momento todo lo que pude.

Cuando abrí los ojos, recordé que tenía entre mis manos el paño para envolver al niño.

Se lo entregué a su madre y lo agradeció. Le quitamos la tela que llevaba, húmeda y deshilachada, seguramente rasgada del velo de aquella mujer y limpiamos al Niño

rápido, para que no tuviera frío. Lo envolvimos de nuevo, en el paño blanco que con mis propias manos había tejido. Me entregaron el trozo de tela que habían utilizado y les ofrecí repararlo para entregárselo otro día. Quise saber cómo se llamaban. Ella; María, una mujer llena de gracia, que me había llevado a mi Salvador. Él; José, que, en el silencio de su amor, cuidaba a su familia. Y en medio, Jesús, aquel Dios hecho niño que me había cambiado la vida.

Me marché de aquel lugar danzando por el campo. Quería llamar a todas las puertas de Belén para contarles lo que había vivido. Ansiaba que amaneciera para poder abrazar a mi esposo, con todo el amor que me había entregado mi Jesús. Quería despertar a tu madre, que, durmiendo en su cuna, no sabía que yo era ahora una mujer nueva. Miraba la tela que había envuelto al niño al nacer y solo deseaba repararla para volver a entregársela a María.

Al llegar a casa, el primer rayo de sol que entró por la ventana se sintió como un regalo. Aparentemente, era un día cualquiera, pero para mí era el primer día de una vida nueva. Me puse a coser el manto de María, dando

gracias a Dios por lo que había ocurrido. Tu madre reía sin parar al verme tan feliz, y aunque no me entendiera del todo, yo le contaba la historia de la noche anterior una y otra vez.

Al día siguiente, regresé a la cueva con el manto cosido y lavado. Realmente era una excusa para volver a verles. Sin embargo, cuando llegué al lugar del acontecimiento, no encontré a nadie. Caí de rodillas en el suelo, aún húmedo, y me eché a llorar. Recorrí Belén preguntando en cada casa si habían visto a aquella familia, pero nadie supo decirme. A pesar de la tristeza que sentía, mi corazón sabía que volvería a verlos.

Continué con mi vida, que siendo la misma, trazaba un nuevo camino de vuelta a Sus brazos. Pasaron muchos años sin saber nada de María, José y el Niño, pero nos acordábamos de ellos cada día. Tu madre creció con una alegría especial. Yo siempre supe que fue por tocar el vientre de María aquella noche que llamaron a la puerta. A menudo, sacábamos el paño que me habían entregado y nos preguntábamos si alguna vez llegaríamos a devolvérselo.

Cuando murió el abuelo, nos mudamos a Jerusalén. En esta ciudad todo iba un poco más rápido que en Belén y me recordaba a aquellos años del censo. Tuvimos que hacer un esfuerzo para acostumbrarnos a la ciudad, pero no tardamos en sentirla nuestro hogar. Unos meses más tarde de nuestra llegada a Jerusalén, empezamos a escuchar por las calles que había llegado un hombre llamado Jesús de Nazaret, del que muchos decían que sanaba enfermos y enseñaba la palabra de Dios como nunca nadie lo había hecho. Algunos lo llamaban profeta, otros Mesías, y otros simplemente no sabían qué pensar de Él. Tu madre y yo sabíamos de quién hablaban. ¡Nuestro Jesús había vuelto!

Cada vez que teníamos la oportunidad, le escuchábamos entre la multitud. A tu madre le hubiera encantado seguirlo más de cerca. Pero tuvo que quedarse conmigo, cuidándome cuando mis fuerzas empezaban a fallar. Lo hizo con todo el amor del mundo. Pasó el tiempo y empezaron a perseguir a Jesús y a sus discípulos. Después de meses de incertidumbre, nos enteramos de la horrible noticia: las autoridades lo habían condenado a muerte.

Ese Niño que abracé y lavé en una cueva de Belén iba a ser crucificado... Aquella risa inocente que rompió el

suave eco del pesebre, era ahora el llanto ahogado de un hombre cargando una cruz. Tu madre y yo escuchábamos los ruidos de la calle, cada vez más cercanos: los gritos de la multitud, el golpe seco de la madera arrastrándose por las piedras, los pasos de los soldados... No nos atrevíamos a mirar. Cogimos entre las manos el paño de María, aquel que nos había confiado tiempo atrás, y nos aferramos a él con desesperación. Cada vez sentíamos más cerca el paso de Jesús por delante de nuestra casa, hasta que, de repente, vi el rostro de tu madre cambiar. Se había asomado al ventanuco y, al ver a Jesús caer justo frente a nosotras, no pudo contenerse.

Salió corriendo hacia la puerta.

¡Verónica!, recuerdo gritarle cuando, llevando el paño entre las manos, se abalanzó a Jesús tal y como hizo aquella noche con el vientre de María. Arrodillada junto a Él, le limpió el rostro, cubierto de sangre y sudor. Lo hizo con la misma delicadeza con la que yo lavé su cuerpecito en el pesebre. Pudo mirarle a los ojos unos segundos, hasta que un soldado la apartó de un empujón.

--¡Ya estoy en casa!

--¡Mamá! La abuela estaba contándome la historia de Jesús.

--Ohhh, cariño... Demos gracias a Dios por habernos elegido. Él quiso que unas mujeres tan pobres y pequeñas como nosotras tuviéramos en casa un recuerdo como este. Mira que rostro tan bonito tenía, ¿verdad que sí?

--La verdad que sí, mamá. ¿Qué pensaste cuando volviste a ver el paño con la cara de Jesús?

--¡No me lo podía creer! ¡Mis ojos han visto al Salvador!

La abuela cerró el arcón suavemente y tomó a Tamar entre los brazos. La niña apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el lento latido que aún guardaba el eco de aquella noche en Belén. Verónica se acercó y las rodeó con un abrazo.

En el corazón de esa casita de Jerusalén, Jesús seguiría



naciendo cada año, una y otra vez. Y así, sin saberlo, celebraban ya lo que siglos después el mundo entero llamaría Navidad.



Selecciones:

Voz: Narrador heterodiegético con perspectiva pasando por el narrador y Narrador homodiegético con perspectiva pasando por el personaje.

Macromodelo de Mundo Realista: Tipo II - ficcional, mimético y verosímil.